

La desideologización como aporte de la psicología social al desarrollo de la democracia en Latinoamérica*

Ignacio Martín-Baró

Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"
San Salvador, El Salvador

La madrugada del 16 de noviembre de 1989 fueron asesinados en San Salvador seis sacerdotes jesuitas por grupos paramilitares, en una acción criminal que aún permanece impune. Entre estos sacerdotes se encontraba Ignacio Martín-Baró. Vicerrector de la Universidad Centroamericana y doctor en psicología social, quien alcanzó a gritar a los asesinos: "Esto es una injusticia, ustedes son carroña".

El doctor Martín-Baró, nacido en España, se preocupó de manera fundamental por analizar la vertiente psicosocial en la situación política latinoamericana y por proponer un compromiso del científico social con los grupos populares, limitados en su acción y expresión por las estructuras políticas y simbólicas dominantes.

En los dos artículos que siguen está presente la situación política salvadoreña; como punto de partida para reflexionar sobre la necesidad de una crítica sistemática a las construcciones de sentido común que permiten la reproducción de formas de opresión social, y en tanto que análisis de los comportamientos políticos presentes en las votaciones de 1982 para elegir a una Asamblea Constituyente.

Sirva la presentación de estos dos artículos como un mínimo homenaje al doctor Martín-Baró.

*Publicado originalmente en el *Boletín de la AVEPSO*, vol. VIII, núm. 3, El Salvador, diciembre de 1985, págs. 3-9.

Resumen

Las condiciones objetivas, en particular las estructuras económicas, la hegemonía norteamericana y las fuerzas militares constituyen los tres impedimentos principales para la vigencia de regímenes democráticos auténticos en Latinoamérica; pero son quizás las condiciones subjetivas las que representan un obstáculo más inmediato, ya que cierran el universo de sentido de las mayorías populares, enajenando su marco de referencia e inhibiendo posibles movimientos de cambio. A la psicología social le compete, por su propia naturaleza, propiciar un proceso de desideologización, es decir, de desenmascaramiento de un "sentido común" que justifica y viabiliza subjetivamente la opresión de los pueblos. Este sentido común tradicionalmente se ha apoyado en esquemas religiosos que, en la actualidad, van siendo sustituidos por esquemas de democracia formal al estilo norteamericano, los más de las veces vacíos de sentido en las condiciones latinoamericanas. Un quehacer desideologizador requiere que la psicología social:

- a) Asuma la perspectiva de las mayorías oprimidas.
- b) Desarrolle investigaciones sistemáticas sobre la realidad de esas mayorías.
- c) Utilice en forma dialéctica ese conocimiento, comprometándose en los procesos históricos de liberación popular.

1. Los obstáculos a la democracia en Latinoamérica

Democracia, nos dice el diccionario, es aquel "sistema de gobierno en que el pueblo o la plebe ejerce la soberanía" (Cásares, 1971, pág. 264). Y soberanía es el ejercicio o la posesión de "la autoridad suprema e inde-

pendiente" (pág. 774). Habrá entonces democracia, al menos en el sentido original del término, allá donde un pueblo posea y ejerza la autoridad suprema e independiente para regir su vida y su destino. Consiste, por tanto, la democracia en un sistema de regulación de la vida social en el cual el poder y la autoridad de gobernar reside en los mismos sujetos gobernados. Lo importante no está, por consiguiente, en las formas a través de las cuales se ejerza ese poder, o en los mecanismos mediante los cuales se determine ese ejercicio; la esencia de la democracia estriba en el ejercicio del gobierno por el mismo pueblo gobernado.

1.1. La realidad latinoamericana

A la luz de este criterio inicial, podemos examinar, así sea someramente, la realidad de los países latinoamericanos. Me limitaré al área de Centroamérica que, además de serme la más familiar, me parece paradigmática bajo muchos aspectos. Dejando de lado Belice que, por razones históricas y culturales, constituye un fenómeno aparte, cinco países conforman la tradicional unión centroamericana: Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua. ¿Cuáles son los rasgos más distintivos de estos cinco países?

- a) Una estructura económica subdesarrollada, dependiente, desigual e injusta, que hace que mientras una élite minoritaria acapare la mayoría de los recursos nacionales, las grandes mayorías se encuentren en situaciones de miseria y marginalidad.
- b) Regímenes políticos de carácter autoritario represivo, cimentados sobre la oligarquía económica y dirigidos por militares o por fachadas civiles, for-

malmente elegidas en votaciones más o menos representativas; más o menos libres, pero que no proporcionan poder real.

- c) Un control hegemónico de los Estados Unidos sobre las determinaciones fundamentales de los sistemas económico y político en función de la "seguridad nacional" norteamericana.
- d) Importantes movimientos de oposición popular que van de los sindicatos costarricenses a la insurgencia político-militar salvadoreña.

Por supuesto, esta caracterización no toma en cuenta los muchos factores diferenciales que hay entre los cinco países. Actualmente, los principales se dan, por un lado, entre los países bajo férula militar casi total (El Salvador, Guatemala y Honduras) y Costa Rica, con su agonizante parlamentarismo y su acelerada militarización; y, por otro, entre estos cuatro países, como bloque controlado por Estados Unidos, y Nicaragua que, para salvar su revolución popular y su independencia, también ha tenido que militarizarse.

Sobre el trasfondo de esta situación económica, política y social, la realización de elecciones constituye un mecanismo formal, las más de las veces sin mayor significación ni trascendencia, sobre todo cuando son los militares y el gobierno norteamericano los que, en última instancia, van a establecer el veredicto sobre la "validez democrática" de los procesos electorales.

1.2. Obstáculos a la democracia

Sin duda, las condiciones objetivas señaladas constituyen los principales obstáculos para la vigencia de regímenes democráticos en los países centroamericanos. Mientras existan unas estructuras económicas que

ponen en las manos de unos pocos un inmenso poder, es ingenuo pensar que esa oligarquía poderosa va a abdicar de la posibilidad de imponer sus intereses al resto de la población. La absoluta cerrazón, por ejemplo, del gran capital salvadoreño a ceder uno solo de sus privilegios o a hacer la más mínima concesión a las demandas populares, cerrazón que ha precipitado al país en la guerra civil que ya dura más de cinco años, es una clara indicación de que no puede haber una democracia mientras se den unas condiciones que generan semejantes diferenciales de poder social.

El otro gran obstáculo objetivo para el establecimiento de la democracia en los países centroamericanos lo representa el control hegemónico de los Estados Unidos sobre el área. Resulta paradójico que el país que más se precia de su sistema democrático y que, posiblemente, sea uno de los que mejor ha articulado un régimen de representación popular para el ejercicio del poder en su propio territorio, resulte el enemigo mayor de la verdadera democracia en los países que considera como su "patio trasero". La doctrina de la "seguridad nacional", entendida como una confrontación total y totalizadora con la Unión Soviética, hace que el gobierno norteamericano trate de impedir cualquier cambio, por razonable que sea, que pueda llevar a los países latinoamericanos hacia una mayor independencia respecto a su dominio hegemónico y, por lo tanto, a una aproximación a la superpotencia enemiga. Como lo demuestra el caso de Cuba y parece confirmarlo el caso de Nicaragua, esta lógica conflictiva se convierte ocasionalmente en una *self-ful-filling prophecy*, una profecía que provoca el cumplimiento de lo que anuncia. Pero, en cualquier caso, la lógica doctrinaria de la seguridad nacional fundamenta una política que prefiere aferrarse a las dictaduras más represivas antes que arriesgar cualquier solución que huelva a socialismo. Un Pinochet, asesino pero capitalis-

ta, siempre será mejor que un Allende, demócrata pero socialista; un Somoza pronorteamericano siempre será preferible a un Ortega nacionalista.

Un tercer obstáculo objetivo para la instauración de la democracia en los países centroamericanos lo constituye el gremio militar. Si una cierta forma de democracia ha podido existir hasta hace poco en Costa Rica, es en buena medida porque no tenía ejército; y si algo está contribuyendo al derrumbe total del régimen existente es su acelerado proceso de militarización, precipitado por la crisis económica y la presión norteamericana. En El Salvador, en 1972, una coalición de partidos de oposición, precisamente encabezada por quienes hoy constituyen la cabeza del gobierno (el ingeniero José Napoleón Duarte) y de la oposición (el doctor Guillermo Manuel Ungo), triunfó en las elecciones presidenciales, para ver inmediatamente arrebatado su triunfo por la fuerza de las armas en favor del candidato oficial, que era un militar (ver Hernández-Pico y Jerez, 1972). Por supuesto, el poder de los militares depende de quienes lo alimentan, que son precisamente los otros dos grandes obstaculizadores de la democracia en los países centroamericanos: la oligarquía económica y la hegemonía norteamericana. En el caso de El Salvador, por ejemplo, es claro que sin la masiva ayuda de los Estados Unidos, el ejército ya habría sido derrotado por la alianza insurgente de fuerzas democrático-revolucionarias.

Junto a estos tres grandes obstáculos objetivos para el desarrollo de la democracia en los países centroamericanos, existen otros obstáculos, que podríamos calificar como subjetivos o intersubjetivos, cuya importancia es ciertamente menor, pero no por ello despreciable. Se trata de todo ese mundo de la cultura y de la conciencia colectiva, el universo de los símbolos y de las ideologías. Es importante eludir idealismos, que conceden prioridad a

APPENDIX

HERMANO CHIMALTECO

SABES QUE LOS DELINCUENTES
TERRORISTAS DE LA ORPA
MASACRAN A TUS FAMILIARES.
NO TE DEJES ENGANAR POR
ORGANIZACIONES QUE SOLO
TRATAN DE MANCHAR EL
PRESTIGIO DEL EJERCITO DE
GUATEMALA. UNETE A LOS
COMITES VOLUNTARIOS DE
DEFENSA CIVIL.

**EL EJERCITO VELA POR TU
SEGURIDAD**

**21 MASACRADOS EN
ITZAPA**

¿CUANTOS MAS DE USTEDES
PUEDEN SER VICTIMAS?

los valores y principios ideales sobre la división del trabajo o las relaciones grupales. Es necesario, asimismo, evitar reduccionismos psicologistas, que asignan a las personas causalidades propias de las estructuras sociales. Pero no conviene tampoco caer en el materialismo economicista o en el sociologismo mecanicista, y negar el papel que desempeña en la vida humana la cultura o el influjo parcialmente autónomo que la conciencia colectiva puede tener en los procesos históricos.

Cada ordenamiento social exige la elaboración de un universo simbólico que cumpla varias funciones críticas para su supervivencia y reproducción: a) Darle un sentido frente a los grandes interrogantes de la existencia humana; b) Justificar su valor para todos los sectores de la población; c) Permitir su interiorización normativa en los grupos y personas. Es claro que me estoy refiriendo a las principales funciones que se suelen asignar a una ideología. Cabe añadir que, al ejercer estas funciones, la ideología operativiza y oculta al mismo tiempo los intereses de las clases dominantes, generando una falsa conciencia, una distorsión entre la configuración de la realidad y su representación en la conciencia de los grupos y personas.

Desde un punto de vista psicosocial, el terreno privilegiado de la ideología dominante en un orden social es el del "sentido común" o, como dice Garfinkel (1976, pág. 76), la "cultura común". El sentido común está constituido por todos aquellos presupuestos que hacen posible la vida cotidiana, la interacción "normal" entre las personas, aquellos elementos que se asumen como obvios y por ello mismo nunca o rara vez se someten a cuestionamiento y revisión. Todo lo que en una sociedad se estima como "de sentido común" es identificado con "lo natural", situándolo de esta manera por encima de las vicisitudes históricas. Cuando las exigencias objetivas de un sistema social logran articularse como exigencias subjetivas de sentido común que se traducen en hábitos, rutinas y roles estereotipados, puede afirmarse que ese sistema ha echado raíces (ver Reich, 1933-1965).

La cultura de los pueblos latinoamericanos no constituye la raíz básica de su subdesarrollo, como parecen afirmar ciertos enfoques psicologistas (ver Durán, 1978). Sin embargo, sí es cierto que esa cultura logra cerrar el universo de sentido en el que los grupos y las personas se

mueven, distorsionando la percepción de la realidad e inhibiendo así los procesos de cambio. Es claro que el fatalismo latinoamericano, ya sea referido a un presunto orden natural o a la voluntad de Dios, ha bloqueado importantes dinamismos históricos. Por ello, la concientización promovida por el método de alfabetización de Paulo Freire (1970) o, más recientemente, por la reflexión y praxis cristiana de las comunidades eclesiales de base (ver *La fe*, 1983), han contribuido a desencadenar movimientos de liberación popular que han conmovido los cimientos de los regímenes establecidos.

2. La tarea de la psicología social

Los psicólogos sociales poco o nada podemos hacer frente a los tres grandes factores objetivos que impiden el desarrollo de la democracia en los países latinoamericanos. Sin embargo, algo y quizás mucho podemos hacer respecto a los factores que hemos llamado subjetivos o intersubjetivos.

La psicología social es aquella disciplina cuyo objetivo estriba en examinar lo que de ideológico hay en el comportamiento humano, tanto de las personas como de los grupos (Martín-Baró, 1983, págs. 1-20). Asumiendo que toda acción humana significativa es un intento por articular los intereses sociales con los intereses individuales, a la psicología social le corresponde estudiar ese momento en que lo social se hace individual y el individuo se hace social. Se trata, por tanto, de analizar los influjos sociales, intergrupales o interpersonales, referidos a una historia concreta, a una circunstancia y situación muy específicas; y, en ese contexto, todo influjo social constituye, en mayor o menor grado, la materialización de aquellas fuerzas e intereses de las clases que componen una determinada formación social.

Hay que preguntarse, por ejemplo, no tanto si la presencia de otras personas inhibe la ayuda o diluye la responsabilidad individual en abstracto (Latané y Darley, 1970), cuanto por qué en un determinado grupo o sociedad la presencia de personas (¿todas o algún tipo en particular?) inhibe la ayuda (¿todo tipo de ayuda?), mientras que en otro grupo o sociedad la estimula y exige. La llamada "acción prosocial" adquiere un sentido muy distinto cuando se la considera en abstracto o al interior de una sociedad homogénea, que cuando se la considera en concreto o al interior de una sociedad dividida en clases sociales, en la que lo mismo que beneficia a unos perjudica a otros.

Si a la psicología social le compete el estudio de lo ideológico en el comportamiento humano, su mejor aporte al desarrollo de la democracia en los países latinoamericanos consistirá en desenmascarar toda ideología antipopular, es decir, aquellas formas de sentido común que operativizan y justifican un sistema social explotador y opresivo. Se trata de poner al descubierto lo que de enajenador hay en esos presupuestos en que se enraiza la vida cotidiana y que fundamentan la pasividad, la sumisión y el fatalismo.

Tradicionalmente, el universo simbólico que alimentaba el sentido común de los centroamericanos era de naturaleza religiosa: las cosas eran como eran por la voluntad de Dios, y quiénes eran los humanos para escudriñar esa voluntad o pedirle cuentas al Creador. Quedaba siempre el consuelo de que Dios arreglaría las cosas en el otro mundo y compensaría a los pobres por su sufrimiento, obediencia y resignación. Todavía hay mucho de este fatalismo religioso en la cultura de los pueblos centroamericanos, hoy estimulado por aquellas sectas fundamentalistas provenientes de los Estados Unidos que, como el dólar, ponen toda su confianza en Dios, pero reciben un sustancioso apoyo logístico y

financiero de las agencias norteamericanas y de los gobiernos del área (ver Domínguez and Huntington, 1984).

A medida que, desde la celebración del Concilio Vaticano II y la Conferencia Episcopal de Medellín, amplios sectores de la Iglesia han rechazado las formas más burdas de fatalismo religioso e incluso han impulsado la liberación histórica de las estructuras que oprimen a los pueblos como una exigencia intrínseca de la fe cristiana, la elaboración ideológica de los intereses dominantes ha ido modificando su universo simbólico. La nueva ideología constituye una especie de catecismo de las "democracias en régimen de seguridad nacional", bajo el presupuesto implícito de que todo lo que proviene de Estados Unidos constituye la norma adecuada y de que lo que es bueno para la "seguridad nacional" de Estados Unidos es bueno para nuestros países. El papel del crucifijo lo asume el dólar; ya no son las encíclicas papales, sino los discursos de Reagan los que definen el bien y el mal; en lugar de los santos, aparecen Kojak y Michael Jackson; y, en vez de novenas y misas, se celebran elecciones. Todo lo cual, al parecer, resulta compatible y hasta requiere que los ejércitos se conviertan en cuerpos policiales y en verdaderas maquinarias represivas contra sus propios pueblos, a los que mantienen alienados o aterrorizados, sin permitir que el malestar social promueva más cambios que aquellos asimilables por el sistema.

Frente a estas formas ideológicas que justifican la situación de opresión estructural por referencia a Dios a la seguridad nacional, a la psicología social le toca la tarea de desideologizar. Desideologizar significa desenmascarar ese sentido común enajenador que encubre los obstáculos objetivos al desarrollo de la democracia y los hace aceptables a las personas. Ahora bien, ¿qué hacer para desarrollar esta tarea desideologizadora en nuestras

sociedades? Tres puntos nos parecen esenciales al respecto:

- a) Asumir la perspectiva del pueblo;
- b) Profundizar el conocimiento de su realidad; y
- c) Comprometerse críticamente en un proceso que dé al pueblo el poder sobre su propia existencia y destino.

a) *En primer lugar, es necesario que el psicólogo social y aun la misma psicología social asuman la perspectiva del pueblo. Si lo que se busca es el gobierno del pueblo, habrá que situarse en el punto de vista de ese pueblo, que es el de las mayorías oprimidas. Esto que puede parecer simple u obvio no lo es en modo alguno, y menos para nosotros, científicos sociales, enseñados y acostumbrados por el paradigma experimental a insertarnos en los procesos humanos desde el nivel de máximo control. Pero pretender que vamos a contribuir al desarrollo de la democracia, es decir, del gobierno del pueblo, sin siquiera conocer cómo se ve la vida desde los ojos del pueblo mismo, constituye una pretensión hermenéutica y epistemológicamente falsa. Mal podremos desenmascarar la ideología dominante si no nos salimos de su ámbito, aunque no sea más que como paso metodológico.*

b) *En segundo lugar, debemos realizar una investigación sistemática de todos aquellos mecanismos que mantienen a nuestro pueblo enajenado frente a su propia realidad. Si algo nos ha mostrado la guerra civil de El Salvador a los científicos sociales es lo poco que conocíamos (y conocemos) a nuestro pueblo, y no tanto en sus rasgos de hecho como en sus potencialidades históricas. Poco es lo que podemos decir sobre los sectores mayoritarios de nuestras poblaciones, más allá de que son fatalistas, religiosas y machistas. Nada sabemos*

sobre todas aquellas virtudes que subyacen a su situación de permanente emergencia crítica o sobre su capacidad de solidaridad para no abandonar a los más miserables de los miserables. Que el pueblo salvadoreño haya logrado organizarse sin más recursos que su pobreza ni más ayuda que su unidad, y así haya puesto en jaque al mismo imperio norteamericano, constituye algo impredecible con nuestros modelos sobre los pobres o nuestros conocimientos sobre la movilización social. Desde la perspectiva popular, la investigación debe darnos no sólo lo que nuestros pueblos son de hecho sino, sobre todo, lo que pueden y quieren llegar a ser.

c) *Finalmente, la desideologización supone un compromiso crítico que revierta al propio pueblo el conocimiento adquirido. Todo conocimiento supone un poder, y mal estaríamos sirviendo la causa de la democracia si ese poder adquirido mediante la investigación lo dejáramos en las manos de quienes no comparten los intereses populares. Nuestro conocimiento debe servir como un espejo donde el pueblo pueda ver reflejada su imagen y adquirir así esa mínima distancia crítica que le permita objetivar su realidad y transformarla. Las palabras generadoras que utiliza el método alfabetizador de Freire constituyen un modelo sobre cómo el conocimiento puede servir para la desideologización: son palabras que reflejan la realidad de hecho, sacadas del universo simbólico de las propias personas, del sentido común de su vida cotidiana, pero que se devuelven dialogal, que es dialécticamente, a la misma comunidad para desenmascarar la realidad que expresan y abrir las puertas hacia su transformación.*

Cómo operativizar estas tres tareas es algo que depende de la situación concreta de cada país. Posiblemente una de las mejores maneras como esto puede realizarse es a través de un sistemático seguimiento de la opinión pública, que no es lo mismo que la opinión

que se hace pública o que se publica en los medios de comunicación (véase Martín-Baró, 1985). Sin embargo, cualquiera que sea la forma concreta que se adopte, el punto central radica en la vinculación que como psicólogos sociales establezcamos con el pueblo. Si en verdad lo que queremos es contribuir al desarrollo de la democracia, es decir, ayudar a que el pueblo se gobierne a sí mismo, lo primero que debemos hacer es asumir sus intereses como propios. Sólo entonces nuestros ojos podrán descubrir no sólo los velos que obnubilan la conciencia popular y le impiden asumir las riendas de su propio destino, sino los velos que cubren también nuestro propio conocimiento y no nos permiten contribuir significativamente a las luchas populares por la justicia, la paz y la democracia.

Bibliografía

- Cásares, Julio, *Diccionario ideológico de la lengua española*, Barcelona, Gustavo Gili, (1971).
- Domínguez, Enrique and Deborah Huntington: "The salvation brokers: Conservative evangelicals in Central America". *NACLA, Report on the Americas*, 18, (1984) págs. 2-36.
- Durán, Fernando, *Cambio de mentalidad. Requisito del desarrollo integral de América Latina*. Barcelona, DESAL-Herder, (1978).
- La fe de un pueblo. Historia de una comunidad cristiana en El Salvador (1970-1980)*, San Salvador: UCA Editores, (1983).
- Freire, Paulo, *Pedagogía del oprimido*. (Traducción de Jorge Mellado), Montevideo, Tierra Nueva, (1970).



- Garfinkel, Harold, *Studies in ethnomethodology*. Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, (1976).
- Hernández-Pico, Juan y César Jerez: *El Salvador: año político 1971-1972*. San Salvador, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, (1972).
- Latané, Bibb and John M. Darley, *The unresponsive bystander: Why doesn't he help?* New York, Appleton-Century-Crofts, (1970).
- Martín-Baró, Ignacio, *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores, (1983).
- La encuesta de opinión pública como instrumento desideológico*. (Manuscrito enviado para publicación), (1985).
- Reich, Wilhelm. *Análisis del carácter*. (Traducción de Luis Fabricant), Buenos Aires, Paidós, (1965) (Originalmente publicada en 1933).